

Lo invisible

Va a ser un niño feo. Rectifico: ya es un niño feo. La enfermera lo trae del nido envuelto en una mantita azul celeste, me lo entrega sin detenerse más que lo justo para sacarlo de la cuna y decirme que ya puedo darle el pecho. Le miro detenidamente, antes de responderle si no le han informado sobre mi intención de darle biberón mientras comparo la cabeza de mi bebé con una calabaza, no de las típicas de Halloween sino de las alargadas que compro para preparar cremas en la Thermomix. Mi hijo es lo más parecido a una calabaza y tengo que estar contentísima. Voy a darle biberón, le contesto, ¿es que no ha leído mi historial y no se acuerda de la pastilla para suprimir la subida de la leche?

Tengo las tetas como el pedernal y el ánimo por los suelos. ¿Dónde está la felicidad prometida? ¿Dónde el gozo por tener a mi hijo entre mis brazos después de habérmelas hecho pasar putas durante nueve meses? La mujer chasquea la lengua contrariada o tal vez a punto de perder la compostura. No se molesta en contestarme y se va. La cuna a la distancia suficiente para no alcanzar a dejarlo y tener que mecerlo entre mis brazos, los puntos de la episiotomía tirándome de las entrañas como si un lobo me devorase por dentro y las malditas flores que huelen a velatorio revolviéndome con su perfume mortuario. Y lo peor es que tengo que estar radiante porque las visitas están a punto de llegar. No tenía que haber avisado de mi parto, debía haber esperado a estar en casa, en mi territorio, pero necesito ayuda para comenzar esta etapa en la que había depositado mis anhelos e ilusiones. Nadie sabe que éstas se esfumaron en la octava semana cuando las náuseas no me dejaban vivir y notaba crecer en mi vientre el fruto de un empecinamiento basado, ahora lo sé, en lo establecido por la costumbre: una mujer tiene que ser madre si quiere sentirse completa. No importa si es gracias a una probeta o a un polvo. El fin justifica los medios y así germinó una calabaza en mi útero. Sin amor ni compromisos de por medio.

Miro a mi hijo parapetado en mi abrazo y la lástima despliega un puente entre ambos. Un cordón umbilical viscoso que han seccionado hace unas horas pero que se resistirá a desaparecer hasta el fin de mis días. No hay nada tan invisible que forje una unión tan estrecha de por vida. No puedo quererle, me resulta forzado y sin embargo sé que tendré que intentarlo.

La enfermera regresa pertrechada de biberón y termómetro. Por lo visto hay que vigilar mi temperatura por si aparece una infección, la pastilla para evaporar la leche de mis ubres la traerá más tarde. Hay que tomarla con el estómago lleno, dice con retintín castigador. La voracidad con la que el bebé succiona la tetina del biberón me produce un escozor lacerante en los pezones. Debe tratarse de una reacción refleja o que mis pechos están a punto de reventar de la misma manera que lo haría una calabaza aplastada por un tráiler. Con el último trago la boca del bebé es como la de un sapo insaciable y la leche empieza a brotar

espontáneamente de mis tetas al mismo tiempo que por las comisuras de sus labios. En ese momento se abre la puerta y dos de mis amigas entran en la habitación cargadas de globos y paquetes. Sus alharacas piropeando mi buen aspecto, lo guapísimo que es el bebé, lo bien que lo vamos a pasar todos juntos a partir de ahora alejan durante unos segundos la gran pregunta: ¿ya has decidido el nombre? Cuando por fin la hacen la respuesta acecha entre los pliegues de mi garganta sin atreverse a salir, tardo unos segundos en emitir un siseo casi inaudible: Mateo, digo sin querer decirlo porque ya me imagino el coro de voces infantiles en un patio escolar: Mateo tonto y feo, calabaza andante en tu cara me meo. Sí, es posible que una madre piense todo esto mientras sus amigas toman en brazos a su recién nacido y le llenan de cumplidos, de tiernas palabras de terciopelo o de planes para ir a la playa en veranos futuros y lo es porque en estos momentos estoy varada en una fosa abisal rodeada de oscuridad y mi hijo es una bestia prehistórica que acaba de salir de su letargo y está dispuesta a acabar conmigo. Sin embargo sonrío y las oigo repetir el nombre con arrobó. Mateo, Mateito...somos tus tías. Te vamos a consentir que no veas. ¿De verdad sienten lo que dicen? ¿No se dan cuenta de la deformidad de su cráneo pelón o de la desproporción entre su cuerpo y su cabeza? Les señalo mis pechos rebosantes de humedad láctea. Necesito limpiarme antes de que mi cama se transforme en una piscina de leche materna. Si te traen un succionador esa leche se puede donar, dice una de ellas. Ahora hay bancos de ese tipo. Muchas mujeres no pueden amamantar por diferentes razones y otras les ceden su producción. ¿Producción? repito para mis adentros imaginándome como una eficiente central lechera. Y la otra responde que no, que si activo la succión empeoraré la situación. Tienen que darte ya mismo la cabergolina y sale disparada en busca de la enfermera.

Parece mentira, apenas lleva unas horas en este mundo y en cuanto la habitación se queda en silencio Mateo abre los ojos, de un deslavazado color indefinido. Mi amiga me lo acaba de poner de nuevo encima, como si fuera una lagartija reptando por un muro, un reptil que me mira durante una fracción de segundo y se empapa en leche. Si voy a tener que quererlo es un buen momento para empezar. Su mirada me ha dicho muchas cosas. No voy a tomar la cabergolina, le digo a la enfermera. He cambiado de opinión.